



De romería, con la que está cayendo

Lea usted el periódico; ábralo por cualquier página. Hojéelo mientras toma un café, y dígame si el mundo está para fiestas; si con la que cae a diario en nuestro planeta quedan ánimos para fuegos de artificio; si los despropósitos del odio, del ensañamiento con los débiles, del derroche, dejan fuerzas en el cuerpo para romerías.

Supongo que, tras el primer párrafo, el amable lector debe pensar que quien esto escribe se ha vuelto loco, y que más aún debe estarlo el amigo Juan José Naharro por haberlo invitado a tomar la pluma para hilvanar un artículo en una revista festiva. «¡Valiente ánimo nos da este compadre!», deben de estar pensando muchos... Pero no, no teman; no me he convertido en ningún agorero orate ni es mi intención que me corran a gorrazos el día de la romería de Quasimodo. Déjenme que me explique:

El mundo está loco, no lo duden. De lo profundo del alma, el hombre tiene, desde siempre, la costumbre de sacar lo peor de sí mismo para, revestido de cualquier forma ofensiva, sacudir a los demás. Hay principios que se van perdiendo a pasos agigantados, valores que no levantan cabeza en estos tiempos, intereses que se anteponen al sentir humano, enfrentamientos fraticidas sin fin. Esta sociedad, no me canso de decirlo, está enferma. No sé hasta qué punto, pero enferma.

Por eso mismo, a pesar de todos los pesares, contra todo pronóstico pesimista, hay que vivir. Hay que hacer gala de aquello en lo que uno cree, demostrar que todavía quedan gentes con principios, con valores, con una fe con la que se podrá estar o no de acuerdo, pero que es de ellos, que los nutre, que los fortalece. Gentes que quieren honrar a su Virgen, que ven en Ella una belleza que trasciende a lo terreno, que la quieren con la sencillez de los buenos hombres.

Hay que celebrar Belén. Hay que celebrar Quasimodo. Aunque el mundo delire, a pesar de la que está cayendo. Porque allí donde las buenas gentes se reúnen por una causa noble, allí se siembra una simiente de paz. Hay que proclamar a los cuatro vientos, con la energía y el cariño con lo que hace el amigo Juan: «¡Viva la Virgen de Belén!». Estos vítores no ofenden. Aquí sólo hay *vivas*, no *mueras*, como en otras órdenes de la vida social. Son voces de alegría, de esperanza...

Es menester brindar, procesionar, tirar cohetes; porque el mundo está enfermo hay que hacerlo. Porque cada tranca que explosiona, cada alegría individual, cada trago compartido, cada momento de recogimiento de los creyentes, son signos, señales inequívocas de que aún queda lugar para la esperanza. Hay que celebrar Quasimodo, hay que honrar a la Virgen y llevarla en su andas con el cariño con que sólo saben hacerlo sus devotos, porque esto es nadar contra una corriente de aguas que bajan turbias y bravas.

Cierren el periódico que abrimos al principio del artículo. Apaguen el receptor de radio o televisión. El mundo seguirá su camino tremebundo. Nuestra romería es una pausa en el mismo, tal vez un oasis en el que refrescarse antes de seguir, errantes, destruyendo la convivencia. Disfruten de las fiestas; Quasimodo es esperanza. Proclámenlo así, mientras mantienen firmes como una roca sus valores, creencias y principios. La firmeza de muchos acaso sirva para algo.

Juan Carlos Fernández